

cual á su modo, según su carácter y sus facultades; pero todos indefectiblemente, como obedeciendo á una ley, como inspirados por el gran poder enemigo, incógnito, al cual Pipá ni daba un nombre siquiera, pero en el que sin cesar pensaba, figurándose en todas estas formas, y tan real como el dolor que de tantas maneras le hacía sentir un día y otro día.

También existía el dios bueno, pero este era más débil y aparecíase á Pipá menos veces. Del dios bueno recordaba el pillastre vagamente que le hablaba su madre cuando era él muy pequeño y dormía con ella; se llamaba papa-dios y tenía reservada una gran ración de confites para los niños buenos allá en el cielo; aquí en la tierra sólo comían los dulces los niños ricos, pero en cambio no los comerían en el cielo; allí serían para los niños pobres que fueran buenos. Pipá recordaba también que estas creencias que había admitido en un principio sin suficiente examen, se habían ido desvaneciendo con las contrariedades del mundo; pero en formas muy distintas había seguido sintiendo al dios bueno. Cuando en la misa de *Gloria*, el día de Pascua de

Resurrección, sentía el placer de estar lavado y peinado, pues su madre, sin falta, en semejante día cuidaba con esmero del tocado del pillete; y sentía sobre su cuerpo el fresco lino de la camisa limpia; y en la catedral, al pie de un altar del crucero, tenía en la mano la resonante campanilla sujeta á una cadena como forzado al grillete; cuando oía los acordes del órgano, los cánticos de los niños de coro, y aspiraba el olor picante y dulce de las flores frescas, de las yerbas bien olientes esparcidas sobre el pavimento, y el olor del incienso, que subía en nubes á la bóveda; cuando allí, tranquilo, sin que el sacristán ni acólito de órdenes menores ni ínfimas se atreviese á coartarle su derecho á empuñar la campanilla, saboreaba el placer inmenso de esperar el instante, la señal que le decía: «Tañe, tañe, toca á vuelo, aturde al mundo, que ha resucitado Dios...» ¡ah entonces, en tan sublimes momentos, Pipá, hermoso como un ángel que sale de una crápula y con un solo aleteo por el aire puro, se regenera y purifica, con la nariz hinchada, la boca entreabierta, los ojos pasmados, soñadores, llenos de lágrimas, sentía los

pasos del dios bueno, del dios de la alegría, del desorden, del ruido, de la confianza, de la orgía inocente... y tocaba, tocaba la campanilla del altar con frenesí, con el vértigo con que las bacantes agitaban los tirsos y hacían resonar los rústicos instrumentos. Por todo el templo el mismo campanileo: ¡qué alegría para el pillastre! El no se explicaba bien aquella irrupción de la pillería en la iglesia, en día semejante; no sabía como encontrar razones para la locura de aquellos sacristanes que en el resto del año (hecha excepción de los días de tinieblas) les arrojaban sistemáticamente de la casa de Dios á él y á los perros, y que en el día de Pascua le consentían á él y á los demás granujas interrumpir el majestuoso silencio de la iglesia con tamaño repique. «Esto, pensaba Pipá, debe de ser que hoy vence el dios bueno, el dios alegre, el dios de los confites del cielo, al dios triste, regañón, oscuro y soso de los demás días;» y fuese lo que fuese, Pipá tocaba á gloria furioso; como, si hubiera llegado á viejo, en cualquier revolución hubiese tocado á rebato y hubiese prendido fuego al templo del dios triste, en nombre del dios alegre, del dios

alborotador y bonachón y repartidor de dulces para los pobres.

Otra forma que solía tomar el dios compasivo, el dios dulce, era la música; en la guitarra y en la voz quejumbrosa y ronca del ciego de la calle de Extremeños y en la voz de la niña que le acompañaba, oía Pipá la dulcísima melodía con que canta el dios de que le habló su madre; sobre todo en la voz de la niña y en el bordón majestuoso y lento. ¡Cuántas horas de muchos días tristes y oscuros y lluviosos de invierno, mientras los transeuntes pasaban sin mirar siquiera al señor Pablo ni á la Pistañina, su nieta, Pipá permanecía en pie, con las manos en el lugar que debieran ocupar los bolsillos de los pantalones, la gorra sin visera echada hacia la nuca, saboreando aquella armonía inenarrable de los ayes del bordón y de la voz flautada, temblorosa y penetrante de la Pistañina! ¡Qué serio se ponía Pipá oyendo aquella música! Olvidábase de sus picardías, de sus bromas pesadas y del papel de bufón público que ordinariamente desempeñaba por una especie de pacto tácito con la ciudad entera. Iba á oír a la Pistañina como Triboulet

iba á ver á su hija; allí los cascabeles callaban, perdían sus lenguas de metal, y sonaba el cascabel que el bufón lleva dentro del pecho, el latir de su corazón. Pipá veía en la Pistañina y en Pablo el ciego, cuando tañían y cantaban, encarnaciones del dios bueno, pero ahora no vencedor, sino vencido, débil y triste; llegábanle al alma aquellos cantares, y su monotonó ritmo, lento y suave, era como arrullo de la cuna, de aquella cuna de que la precocidad de la miseria había arrojado tan pronto á Pipá para hacerle correr las aventuras del mundo.

### III

Dejábamos á Pipá, cuando interrumpí mi relato para examinar sus creencias á la ligera, en el acto solemne de disponerse á atacar la fortaleza de la Casa de Dios, que defendían la bruja Pujitos y el monaguillo, y más que monaguillo pillastre, Celedonio. Sucedió, pues, que Celedonio, bien agarrado al cancel, arrojaba las inmundicias de su cuerpo sobre Pipá, que desde la calle

sufría el desprecio con la esperanza de una pronta y terrible venganza. Maripujos daba palos al pavimento, porque á Pipá no llegaba la jurisdicción de sus muletas.

Miró Pipá en derredor: la plaza estaba desierta.

Nevaba. Empezaba á oscurecer. Era, como César, rápido en la ejecución de sus planes el pillate, y viendo que el tiempo volaba, arremetió de pronto, como acomete el toro, gacha la cabeza. Subió los escalones, extendió el brazo, y cogiendo al monaguillo por la fingida púrpura de la talar vestimenta, arrancóle del sagrado á que se acogía y le hizo rodar buen trecho fuera de la iglesia, por el santo suelo. Arrojóse encima como fiera sobre la presa, y vengando en Celedonio todas las injurias que el mundo le hacía, con piés, manos y dientes dióle martirio, pisándole, golpeándole con los puños cerrados y clavando en sus carnes los dientes cuando el furor crecía.

Poco tardó el monaguillo en abandonar la defensa: exánime yacía; y entonces atrevióse Pipá á despojarle de sus atributos eclesiásticos; vistióselos él como pudo, y despojándose de la careta que guardó en-

tre las ropas, entró en la iglesia, venciendo sin más que un puntapié la débil resistencia que la impedida Maripujos quiso oponerle.

Dentro del templo ya era como de noche: pocas lámparas brillaban aquí y allá sin interrumpir más que en un punto las sombras. Parecía desierto. Pipá avanzó, con cierto recelo, por la crujía de las capillas de la izquierda. No había devotas en la primera ni en la segunda. Al llegar á la del Cristo Negro como llamaba el pueblo al crucifijo de tamaño natural que estaba sobre el altar, Pipá se detuvo. Allí era. A un lado y otro del Cristo, colgados de la abundante y robusta vegetación de madera pintada de oro que formaba el retablo, había infinidad de ex-votos; brazos, piernas y cabezas de ángeles de cera amarilla, muletas y otros atributos de las lacerias humanas, y además algunas mortajas de tosca tela negra con ribetes blancos.

Valga la verdad, Pipá, olvidando por un instante que todos los cultos merecen respeto, de un brinco se puso en pie sobre el altar, descolgó una mortaja, y encima de su ropa de monaguillo, vistiósela con

cierta coquetería, sin pensar ya en el peligro, entregado todo el espíritu á la novedad del sacrilegio. Cuando ya estuvo *vestido de muerto* volvió á acomodar sobre el rostro la careta de papel de marquilla que él creía figuraba perfectamente las *facciones* de un esqueleto; y ya iba á saltar del profanado tabernáculo, cuando oyó pasos y ruido de faldas que se aproximaban. Era una beata que venía á rezar una especie de *última hora* á los piés del Cristo Negro. Pipá procuró esconderse entre las sombras, apretando su diminuto cuerpo contra el retablo. Las oscilaciones de una luz que brillaba en una lámpara á lo lejos, á veces dejaban en lo oscuro la mortaja de Pipá, pero otras veces la iluminaban haciéndola destacarse en el fondo dorado de la madera. Pipá permaneció inmóvil. La beata, que era una pobre vieja, rezaba á sus piés, con la cabeza inclinada. No le veía. — Esperaré á que concluya, pensó Pipá. — Buena determinación para llevada á cabo. Pero la vieja no concluía; el rezo se complicaba, todas las oraciones tenían coronilla, y de una en otra amenazaban convertirse en la oración perpetua.

El pillastre no podía estarse ya quieto. Además, la noche se echaba encima y no iba á poder embromar á nadie. Se decidió á jugar el todo por el todo. Y dicho y hecho; con un soberbio brinco, saltó por encima de la vieja y con soberano estrépito cayó sobre la tarima, y en pie de súbito, corrió cuanto pudo hacia la puerta, y dejó el templo antes de que los gritos de la beata pusiesen en alarma á los pocos devotos que aún oraban, al sacristán y otros dependientes del culto. La vieja decía que había visto al diablo saltar sobre su cabeza. Celedonio juraba que era Pipá, y contaba el despojo de sus hábitos, y Maripujos sostenía que le había visto salir vestido con una mortaja... Dejemos á los parroquianos de Santa María entregados á sus conjeturas, comentando el escándalo, y sigamos á nuestro pillete.

## IV

Los últimos trapos blancos habían caído sobre calles y tejados; el cielo quedaba sin nieve y empezaban á asomar entre las nubes tenues, como gasas, algunas estrellas y los cuernos de la luna. La plaza de López Dávalos estaba desierta. El jardinillo del centro sin más adornos que magros arbolillos desnudos de hojas y cubiertos los pelados ramos de nieve, se extiende delante de la gran fachada del Palacio de Híjar, de la marquesa viuda de Híjar. La plaza es larga y estrecha, y en ella desembocan varias callejuelas que tienen á los lados tapias de pardos adobes. Todo es soledad, nieve y silencio; y la luna corre detrás de las nubecillas, ora ocultándose y dejando la plaza oscura, ya apareciendo en un trecho de cielo todo azul é iluminando la blancura y sacando de sus copos burbujas de luz que parecen piedras preciosas. Una de las ventanas del piso bajo del *Palacio* está abierta. Detrás de las doradas rejas se ve

El pillastre no podía estarse ya quieto. Además, la noche se echaba encima y no iba á poder embromar á nadie. Se decidió á jugar el todo por el todo. Y dicho y hecho; con un soberbio brinco, saltó por encima de la vieja y con soberano estrépito cayó sobre la tarima, y en pie de súbito, corrió cuanto pudo hacia la puerta, y dejó el templo antes de que los gritos de la beata pusiesen en alarma á los pocos devotos que aún oraban, al sacristán y otros dependientes del culto. La vieja decía que había visto al diablo saltar sobre su cabeza. Celedonio juraba que era Pipá, y contaba el despojo de sus hábitos, y Maripujos sostenía que le había visto salir vestido con una mortaja... Dejemos á los parroquianos de Santa María entregados á sus conjeturas, comentando el escándalo, y sigamos á nuestro pillete.

## IV

Los últimos trapos blancos habían caído sobre calles y tejados; el cielo quedaba sin nieve y empezaban á asomar entre las nubes tenues, como gasas, algunas estrellas y los cuernos de la luna. La plaza de López Dávalos estaba desierta. El jardinillo del centro sin más adornos que magros arbolillos desnudos de hojas y cubiertos los pelados ramos de nieve, se extiende delante de la gran fachada del Palacio de Híjar, de la marquesa viuda de Híjar. La plaza es larga y estrecha, y en ella desembocan varias callejuelas que tienen á los lados tapias de pardos adobes. Todo es soledad, nieve y silencio; y la luna corre detrás de las nubecillas, ora ocultándose y dejando la plaza oscura, ya apareciendo en un trecho de cielo todo azul é iluminando la blancura y sacando de sus copos burbujas de luz que parecen piedras preciosas. Una de las ventanas del piso bajo del *Palacio* está abierta. Detrás de las doradas rejeras se ve

un grupo que parece el que forman Jesús y María en *La Virgen de la Silla*; son la marquesa de Híjar, hermosa rubia de treinta años, y su hija Irene, ángel de cabellera de oro, de ojos grandes y azules, que apenas tendrá cuatro años. Irene sentada en el regazo de Julia, su madre, apoya la cabeza en su seno, y un brazo en el hombro; y con los dedos de muñeca juega con el brillante que adorna la bien torneada oreja de la viuda. La otra mano de Irene está apuntando con el dedo índice á la fugitiva luna; los ojos soñadores siguen la carrera del astro misterioso. Irene examina á su madre de astronomía. La marquesa, que sabe á punto fijo quién es la luna, y cuáles son las leyes de su movimiento, se guarda de contar á su hija estos pormenores prosaicos. La luna es una dama principal que tiene un gran palacio que es el cielo; aquella noche, que es noche de Carnaval en el cielo también, la luna da un gran baile á las estrellas. Las nubecillas que corren debajo son los velos, los encajes, las blondas que la luna está escogiendo para hacer un traje muy sutil, de vaporosas telas; porque el baile que da es de trajes, como el que

Irene va á celebrar en su palacio, al cual acudirán á las nueve todos los niños y niñas de la ciudad que son sus amigos. Cuando Julia termina su fantástico relato de las maravillas del cielo, la niña permanece callada algún tiempo; mira á su madre y mira á la luna y brilla en sus ojos la expresión de mil dudas y preguntas.—Y las estrellas, ¿de qué van vestidas?—Van vestidas de magas, ¿no las ves? manto negro con chispas de oro...—¿Y bailan en el aire?—Sí, en el aire, sobre las nubes.—¿Y cómo no se caen?—Porque tienen alas.—Yo quiero un traje con alas.—Yo te lo haré, vida mía.—¿De qué lo haremos?...—Y la madre y la hija se entretienen en buscar tela para unas alas allá en su imaginación; que ambas la tienen muy despierta y fustigada con el silencio y la soledad de aquella noche dulce y serena.

Pero de pronto Irene hace un gracioso mohín, echa hacia atrás la cabeza, y salta en el regazo de su madre.

—¡Yo quiero máscaras, yo quiero máscaras! grita la niña, volviendo á la realidad de su capricho de toda la tarde.—Pero monina mía, si ya es de noche, ¿cómo han

de pasar máscaras?—Tú decías que hoy las había, y no he visto ninguna ¡Yo quiero máscaras!—Esta noche las tendrás en casa.—Esas no son máscaras; yo quiero máscaras... ¡máscaras!...

En la imaginación de Irene, las máscaras eran cosa sobrenatural. Nunca las había visto, porque era aquel año el primero en que su conciencia se despertaba á esta clase de conceptos; recordaba vagamente haber sentido miedo, mucho miedo, no sabía si viendo ó soñando con máscaras; este terror vago que le inspiraba el nombre de la cosa desconocida contribuía no poco al anhelo de aquella niña nerviosa y de gran fantasía, que quería ver máscaras aunque tuviese que huir de pavor al verlas.

Toda la tarde había pasado Julia en la ventana esperando que un transeunte de los pocos que pasan por la plaza de López Dávalos, tuviera la humorada de venir disfrazado, para dar contento á su adorada Irene.

En vano esperaron, porque la misma tristeza y soledad de que Pipá se quejaba en la calle de Extremeños, reinaba en la plaza y en el jardinillo de López Dávalos.

La marquesa recurrió al engaño de que se disfrazaran los criados y pasaran delante de la reja en que Irene aguardaba con febril ansiedad el advenimiento sobrenatural de los máscaras; pero ¡ay! que la niña conoció á la chacha Antonia y á Lucas el cochero bajo los dominós de colcha que también reconoció su perspicacia. Fué peor el remedio que la enfermedad; Irene se puso furiosa; aquel engaño que minaba el palacio de sus fantásticas creaciones carnavalescas, la irritó hasta hacerla llorar media hora no escasa. Ya cerca del crepúsculo pasó una máscara efectiva..... pero la niña no quiso reconocer su autenticidad. Aquello no era una máscara: era un famoso borracho de la ciudad que celebraba las carnestolendas con una borrachera mejorada en tercio y quinto y luciendo, ceñido al talle, un miriñaque de estera en toda su horrible desnudez.—Eso no es una máscara, gritó Irene, ese es Ronquera!—y en efecto así llamaban al borracho.

Cuando salió la luna, el mal humor de Irene se distrajo un punto con las fábulas astronómicas de Julia... pero luego volvió la niña á su tema, al capricho de las más-

caras; y volvía á llorar, y á dar pataditas en el suelo, ya del todo desprendida de los brazos de su madre.

Por fortuna, del próximo callejón de Ariza se destacó un bulto negro, pequeño, que con solemne paso y tañendo una campanilla se acercó á la ventana. Irene metió la cabeza entre las rejas, cesó en el llanto y se volvió toda ojos.—¡Una máscara!— exclamó estupefacta, llena de un terror que le daba un placer infinito. Julia la tenía en sus brazos y miraba también con inquietud al aparecido, que se diría procedente del Campo Santo, á juzgar por el traje que arrastraba, más que vestía.

Era Pipá con su disfraz de difunto, con su careta de calavera y su dominó-mortaja. La campanilla era de su propiedad. Pipá necesitaba un instrumento, porque ya he indicado que era eminentemente músico; todos costaban un dineral; pero un día en que había celebrado un concordato con el sacristán de Santa María, dando tregua al *culturkampf*, había obtenido, en cambio del servicio prestado, que fué llevar el Señor á la aldea con el párroco, una campanilla de desecho. Y ésta era la que tocaba con

majestuosa y terrible parsimonia, convencido de que con tal complemento la ciudad entera le había de tomar por un resucitado. Detrás de su careta Pipá se veía, con los ojos de la fantasía, como algo colosal por lo formidable, y estaba tentado á tenerse miedo á sí mismo; y un poco se tuvo cuando, ya de noche, se vió solo atravesando las oscuras callejuelas.

Al dar consigo en la plaza de López Dávalos, sintió inmensa alegría, porque vió á la *mona del Palacio* asomada á la reja del piso bajo, y se decidió á darle la broma más pesada que recibiera chiquilla de cuatro años. Con esa vaga intuición que tiene el artista en sus grandes obras, Pipá al acercarse á la ventana, comprendió lo grande del efecto, de la fascinación que su presencia iba á producir en Irene. Acercóse, pues, con paso cada vez más lento y majestuoso, y tocando su campanilla con el más ceremonioso aparato, con grandes pausas en el tocar, y levantando el brazo con rigidez absoluta.

Irene, fascinada por el terror y el encanto de lo sobrenatural, muda de curiosidad, tenía el alma toda en los ojos; su madre,

por temor á interrumpir el encanto de la niña, callaba y esperaba el desenlace de aquella extraña escena. Todos callaban: hay momentos en que el silencio es el único lenguaje digno de las circunstancias. La luna, libre de velos, alumbraba con toda su luz el tremendo lance.

Ya llegaba Pipá á la reja; á cada paso creía que su tamaño aumentaba, pensaba crecer y tocar las nubes. Sin sospechar que su rostro no se veía, dábale la más espantable expresión que podía, como si la carreta fuese á tomar los mismos gestos y muecas.

Irene, al ver tan cerca la aparición escondió la cabeza en el regazo de su madre pero, enseguida, volvió á mirar sin acercarse á la reja, en la que ya asomaba la máscara de Pipá su figura de calavera. Y en aquel instante crítico, el pillete, creyendo ya indispensable decir algo digno de la ocasión solemnísimas, con toda la fuerza de sus robustos pulmones gritó, ahuecando la voz cuanto pudo: — ¡Mooo! ¡Moo! ¡Moo! por tres veces.

Irene lanzó un estridente chillido, pero al punto se contuvo; prefirió temblar de

terror á prescindir del encanto que la tenía fascinada. Se había puesto palidilla y trémula. — ¡Que no, que no se vaya! — dijo á su madre, que, asustada al ver en tal estado á la niña, apostrofaba á Pipá enérgicamente y le amenazaba con la escoba de los criados.

Pipá sufrió un desencanto. ¿Cómo? ¡á un muerto, á un resucitado, á un *pantasma* se le amenazaba con escobazos lacayunos...!

Pero no prevaleció lo de la escoba, porque la voluntad de Irene se interpuso, reclamando nuevos alaridos de la máscara. — ¡Moo! ¡Moo! repitió Pipá, alentado con el buen éxito.

— ¡Que entre la máscara! dijo entonces Irene, que se iba familiarizando con el terror y lo sobrenatural. A Pipá no le pareció bien la idea de convertirse en fantasma manso; aquellas transacciones las creía indignas de su categoría de aparecido. Así que, al ver á Lucas el cochero que se le acercaba ofreciéndole franca entrada en el palacio, sin manifestar pizca de miedo ni de respeto, Pipá protestó con dos ó tres *coces* que animaron más que ofendieron al cria-

do; y quieras, que no quieras, sujeto por una oreja, tuvo que entrar el fantasma en el gabinete donde con ansia que le daba fiebre, esperaba Irene, refugiada en los brazos de su madre.

Era un camarín divino, como diría Eche-  
garay ó cualquier imitador suyo, aquel en  
cuyos umbrales se vió Pipá *velis nolis*. Pa-  
recióle el mismísimo cielo, porque todo lo  
vió azul y lleno de objetos para él com-  
pletamente nuevos, y muy hermosos; la se-  
gunda impresión y la más fuerte fué la de  
aquel aire tibio y perfumado que ni en sue-  
ños había sospechado Pipá que existiera.  
¡Qué dulce calor, qué excitantes cosquillas  
en el olfato, qué recreo para los ojos! ¿Qué  
mansión era aquella que sólo con entrar  
en su recinto el pobre pilluelo sentía des-  
aparecer aquel constante entumecimiento  
de sus flacas carnes? ¡Librarse del frío por  
completo, por todos lados! Este era un  
lujo que Pipá ni se había figurado. ¡Y aquel  
pisar sobre tan blando! Allí había unos  
muebles con botones que debían de servir  
positivamente para sentarse, algo como  
bancos y sillas. Si los fantasmas se senta-  
ran, Pipá, sin más ceremonia, hubiese go-

zado el placer de sentir bajo sí aquellas que  
adivinaba blanduras.

Aquella sí que debía de ser la casa del Dios  
bueno. Irene, la *mona del Palacio*, que le  
contemplaba de hito en hito, cogida á las  
rodillas de su madre, preparada á refugiar-  
se en el regazo á la menor señal de peligro,  
debía de ser uno de aquellos niños que fue-  
ron pobres, que no comieron dulces en la  
tierra, pero que después de muertos el Dios  
bueno, Papá Dios, recoge en su seno y los  
harta de confituras. Pipá, gracias á su tre-  
menda audacia, entraba, como Telémaco en  
el infierno, en la mansión celeste; entraba  
vivo, sin más que vestir el traje de difunto.

El mismo empezó á creer en su calidad  
de aparecido.

— Entra, entra *Pantasma*, dijo la ma-  
dre, entra que Irene no te tiene ya miedo.

— ¡Moo! replicó Pipá, haciendo así su  
entrada en el gran mundo. Y dió algunos  
pasos sin abdicar de su carácter sobrenatur-  
al al que evidentemente debía su presti-  
gio. Pipá estaba convencido de que, si le  
conocieran los criados le echarían del pala-  
cio á puntapiés. Sabía á qué atenerse en  
punto á su popularidad.

33224

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

do; y quieras, que no quieras, sujeto por una oreja, tuvo que entrar el fantasma en el gabinete donde con ansia que le daba fiebre, esperaba Irene, refugiada en los brazos de su madre.

Era un camarín divino, como diría Eche-  
garay ó cualquier imitador suyo, aquel en  
cuyos umbrales se vió Pipá *velis nolis*. Pa-  
recióle el mismísimo cielo, porque todo lo  
vió azul y lleno de objetos para él com-  
pletamente nuevos, y muy hermosos; la se-  
gunda impresión y la más fuerte fué la de  
aquel aire tibio y perfumado que ni en sue-  
ños había sospechado Pipá que existiera.  
¡Qué dulce calor, qué excitantes cosquillas  
en el olfato, qué recreo para los ojos! ¿Qué  
mansión era aquella que sólo con entrar  
en su recinto el pobre pilluelo sentía des-  
aparecer aquel constante entumecimiento  
de sus flacas carnes? ¡Librarse del frío por  
completo, por todos lados! Este era un  
lujo que Pipá ni se había figurado. ¡Y aquel  
pisar sobre tan blando! Allí había unos  
muebles con botones que debían de servir  
positivamente para sentarse, algo como  
bancos y sillas. Si los fantasmas se senta-  
ron, Pipá, sin más ceremonia, hubiese go-

zado el placer de sentir bajo sí aquellas que  
adivinaba blanduras.

Aquella sí que debía de ser la casa del Dios  
bueno. Irene, la *mona del Palacio*, que le  
contemplaba de hito en hito, cogida á las  
rodillas de su madre, preparada á refugiar-  
se en el regazo á la menor señal de peligro,  
debía de ser uno de aquellos niños que fue-  
ron pobres, que no comieron dulces en la  
tierra, pero que después de muertos el Dios  
bueno, Papá Dios, recoge en su seno y los  
harta de confituras. Pipá, gracias á su tre-  
menda audacia, entraba, como Telémaco en  
el infierno, en la mansión celeste; entraba  
vivo, sin más que vestir el traje de difunto.

El mismo empezó á creer en su calidad  
de aparecido.

—Entra, entra *Pantasma*, dijo la ma-  
dre, entra que Irene no te tiene ya miedo.

—¡Moo! replicó Pipá, haciendo así su  
entrada en el gran mundo. Y dió algunos  
pasos sin abdicar de su carácter sobrenatu-  
ral al que evidentemente debía su presti-  
gio. Pipá estaba convencido de que, si le  
conocieran los criados le echarían del pala-  
cio á puntapiés. Sabía á qué atenerse en  
punto á su popularidad.

33224

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

Cuando estuvo á dos pasos del grupo que le encantaba y que formaban madre é hija, Pipá sintió en el corazón una ternura impropia de un resucitado: se acordó de los brazos de su madre, cuando allá en *la lejana infancia* le acariciaba y le hablaba de los dulces del cielo. Pero su madre no era tan hermosa como ésta. Si Pipá hubiera sido un creyente antojárasele que era aquella la madre de Jesús. Pero el pobre pilluelo había aprendido á ser libre pensador en las prematuras enseñanzas de la vida; en su cerebro, tan dado á los sueños, nadie había sembrado esas hermosas ilusiones mitológicas que muchas veces dan fuerza bastante al hombre para sufrir las asperezas del camino. Toda su mitología se la había hecho él solo, sin más orígenes que los cuentos de su madre respecto á las recompensas confitadas del Papá Dios. Todo lo demás que Pipá sabía de metafísica era cosa suya, como ya hemos visto.

—¿Cómo te llamas? preguntó Julia alargando una mano blanca y fina al espantado fantasma.

—¡Moo! dijo Pipá, que de ningún modo quería que se le tomase por un cualquiera.

Y no correspondió al saludo.

—Se llama máscara, se atrevió á decir Irene, que iba tomando confianza. Al ver que la máscara tardaba tanto en comérsela, empezó á creer que las máscaras no comían á las niñas, y de una en otra vino á pensar, que en definitiva una máscara era una muñeca muy grande, de máquina, que hablaba y andaba sola, y que servía para divertir á los niños. Se le figuró, por fin, que Pipá había costado un dineral, que era una sorpresa que le había preparado su madre.

—Que se siente, añadió la mona con miedo todavía, con un acento que tenía algo de imperativo respecto de su madre, y de recelo y supersticioso respeto, en cuanto á la máscara de máquina.

—¡Que se siente! ¡que se siente!—Mona quería probar el juego mecánico de Pipá; si podía doblar las piernas su valor aumentaba mucho.

Mas ¡ay! que Pipá era de los que se rompen, pero no se doblan.—Los fantasmas no se sientan, estuvo por decir, pero toda explicación la juzgaba indigna de su categoría de muerto y dió la callada por respuesta.